

ARTISTAS Y ESCRITORES  
GRANADINOS DE FINES  
DEL SIGLO XIX.

Por † NICOLÁS MARÍA LÓPEZ.

Recogemos en estas páginas el texto del Discurso que, para el acto de su recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Granada escribió el literato granadino D. Nicolás María López, acto que, a causa de su fallecimiento, ocurrido el 9 de Diciembre de 1936, no pudo llegar a celebrarse. La amable deferencia de sus hijos, nos ha facilitado este manuscrito, que contiene numerosas noticias sobre varios artistas granadinos de finales del siglo pasado, cuya publicación creemos de interés, a la vez que con ella rendimos homenaje a la memoria de su autor, última figura de una generación ya perdida, que señoreaba el nombre de Angel Ganivet. Al grupo de éste—aquella célebre Cofradía del Avellano tantas veces por él citada—perteneció Nicolás María López, que fué uno de los más íntimos amigos de Ganivet y, sin duda, su mejor interpretador, su mejor exégeta. Su prólogo a las Cartas finlandesas del mismo Ganivet así lo acredita, como dan fe de sus excelentes cualidades de literato las pocas obras que publicó: Tristeza andaluza, su colaboración en el Libro de Granada de 1899, En Sierra Nevada, Viajes románticos de Antón del Sauce, y la que apareció, poco antes de su muerte, con el título La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Angel Ganivet, en todas las cuales asoma, bajo su fina calidad literaria, un leve tono de graciosa ironía. Apartado de estas actividades, por fuerza de la profesión de notario que ejercía, Nicolás María López vivía olvidado y alejado de todo, en un bello "carmen" del Albaicín de Granada. Pero, en ésta, no se le olvidaba porque era uno de sus tipos más representativos; el tipo de granadino más puro de aquella Granada la Bella de Ganivet, de la que él era un superviviente. Al desaparecer, se ha enterrado con él toda una época y se ha quebrado la evocación de aquella vieja Granada que había sido escenario de nuestros pasos infantiles y en la que la vida discurría lenta, con-

*sumiendo en sí misma su afán, llena de calma, de paz, y entregada a la contemplación de estos atardeceres andaluces que queman el paisaje con sus oros.*

A. G. y B.

Yo no me explico mi presencia aquí, sino como un premio que vuestra indulgencia ha concedido a mis largos servicios de no hacer nada. Ocurre con las Artes como con el Amor; el enamorado, si es constante y discreto, acaba por casarse con la niña sin el más pequeño esfuerzo. Y eso es lo único que yo soy: un enamorado platónico de las Artes y de Granada. Enamorado, por lo menos, de toda manifestación del espíritu donde aparezca una línea bella, clásica o romántica, un recio cincelado o una morbidez atractiva, un trasunto pintoresco, lleno de luz y color, o una feliz melodía y, como resumen de todo esto y de mis aficiones, enamorado de la Literatura.

He aquí porqué, sin ser artista, se puede uno sentir adherido a las Bellas Artes, aunque solo sea en calidad de acólito o aficionado a los misterios del rito... Sirvan, pues, estas palabras, de la explicación que yo me doy de mi presencia aquí, de mi agradecimiento a vuestra benevolencia y de mi deseo de cordial acogida entre vosotros.

Tengo entendido que es costumbre y es reglamentario en estos discursos, dedicar un recuerdo al socio fallecido cuyo puesto venimos a ocupar, y aunque es precepto este que la costumbre hace ley, yo, antes que a lo consuetudinario, deseo atenerme a la ley natural y divina que obliga a la justicia estricta, antes que a la cortesía o a la benevolencia.

Por eso, al nombrar a mi antecesor, el Ilustrísimo Señor D. Isidoro Pérez de Herrasti, Conde de Antillón (q. e. e. g.), tengo que declarar lo que fué este prócer granadino: persona culta y bondadosa, protector generoso, y hasta pródigo, de las Artes. Bastaría con la fundación del Conservatorio de Música de Victoria Eugenia, en esta capital, para que el nombre de D. Isidoro Pérez de Herrasti perdurara en la memoria y en el corazón de todos los granadinos. Pero no fué esto sólo, sino que también construyó edificios magníficos, dotó escuelas, formó colecciones artísticas y fué, en todo momento, Mecenas protector del artista. Modelo de aristócratas, de caballeros y de cristianos, su nombre será siempre respetado y bendecido.

Desde que mi amigo D. José Ruiz Almodóvar me comunicó la amable designación de que me habíais hecho objeto, para ocupar este cargo, comprendí que había de pasar por el trance de escribir un discurso. Y esto, a mí, a quien las horas, los días y los años, se me van como un soplo, en vida contemplativa y perezosa...

Pero, puesto en el trance de escribir algo; falto de tiempo, que necesito para cumplir con lo más perentorio de mi profesión; olvidados y aborrecidos los libros, ¿qué podría hacer sino acudir a mis recuerdos y entreteneros un rato evocando la figura de algunos amigos y maestros que fueron artistas meritísimos y no merecen la pena del olvido?

Así, pues, nada esperéis de mí ahora, que sea digno de vuestra cultura y atención. Sólo os pido que me acompañéis, benévolamente, en esta ligera mirada al pasado, recordando a unos cuantos granadinos, pintores y escritores de fin de siglo que, tal vez, más que míos, fueron amigos y compañeros vuestros.

En el orden cronológico de estos recuerdos, aparece el primero mi propio maestro de dibujo y pintura D. Julián Sanz del Valle. No era entonces obligatoria la enseñanza del dibujo pero, en casi todos los colegios, "como ramo de adorno", había un profesor dedicado a esta enseñanza. Yo fui alumno de D. Julián en el de Jesús Nazareno y, después, en su propio estudio, varios años. Era una persona bondadosísima y amable. Su tipo físico, bajito y endeble, pero incansable en el trabajo y con verdadera afición a su arte, me parece contemplarlo todavía, con sus ojos grandes y saltones, cubiertos de unos párpados delgadísimos, en extremo convexos y salientes, por bajo de los cuales asomaba una mirada melancólica, tan dulce, que parecía estar siempre soñando o medio dormido.

La especialidad del arte de D. Julián era la *naturaleza muerta*. ¡Hay que ver las perdices, las liebres y conejos, los pájaros y pescados, las frutas y dulces que pintaba D. Julián! Era un verdadero e insigne maestro de este género, que exige la minuciosidad y el verismo de la misma Naturaleza. Estas cualidades, y la de ser un gran dibujante, le hicieron competentísimo en el arte de la restauración de cuadros. Discípulos suyos fueron casi todos los artistas que he de nombrar y todos lo quisimos con verdadero cariño y sentimos su desaparición con verdadera pena.

Otro cohibido, hasta el grado máximo, por la desconfianza de

su propio valer, fué el gran artista granadino Tomás Martín Rebollo. Lo traté en Madrid, durante bastante tiempo, con una intimidad cariñosísima, y pude apreciar la exquisitez de su temperamento artístico, la caballerosidad medieval de su carácter y la amargura de su vida, obligado a vivir, como vivió, del producto de su trabajo, no siempre enaltecido. En aquella época, en vista del escaso ingreso que le producía la venta de sus cuadros, tuvo que dedicarse a dar lecciones de dibujo y pintura. Uno de sus discípulos más espléndidos era un ilustre general extranjero, aficionado a la Pintura, y todavía recuerdo con emoción, las confianzas que me hacía de las amarguras que le ocasionaban aquellas lecciones, pues aquel prócer de la milicia no aceptaba sus correcciones de maestro, sino que las discutía y rechazaba. “Figúrate, me dijo un día, apuradísimo, que al decirle yo que era un matorral lo que estaba pintando (un frondoso paisaje americano) se indignó extraordinariamente y me contestó enfurecido que aquello no era *matorral*, sino *matalotaje*”. Tomás Martín era el pintor poeta de Granada. Sus acuarelas y sus cuadritos son, sencillamente, insuperables. La luz, el color, el dibujo, la exquisita interpretación del paisaje granadino, eran un asombro de perfección y belleza. Con ser tantos y tan notables los paisajistas granadinos, no ha habido ninguno que pueda comparársele en la finura y delicadeza de sus trazos, en la elección de sus puntos de vista, en la elegancia y magia encantadora de sus cuadros, que eran poemas vivos de las bellezas de nuestra ciudad. Sentía por Granada un amor tan intenso que rayaba en idolatría. Cuentan que, al llegar una vez a Granada y contemplar los enormes derrribos que se estaban haciendo para abrir la actual Gran Vía, le entró tal sorpresa y pánico que, según unos, volvió pies atrás y regresó a Madrid, aunque, según otros, lo que hizo fué subir por la cuesta de S. Antonio y entrar por el Albaicín para no ver el destrozo de uno de los barrios granadinos más populosos y típicos.

Compañero, y casi pudiera decirse hermano, de Tomás Martín, en cuanto a méritos y modestia, fué Isidoro Marín. A diferencia de aquél, que tenía un espíritu inquieto, Isidoro no salió nunca de Granada ni aspiró a otra cosa sino a vivir de su humilde trabajo. Su especialidad, como la de Tomás, fueron las acuarelas, aunque también pintaba al óleo primorosamente e hizo algunos cuadros de ciertas pretensiones. No he de recordaros

las características de este pintor al que, casi todos, conocísteis y que no hace muchos años falleció, oscura y pobremente, como vivió siempre, aunque rodeado de la admiración y respeto de sus compañeros. Tenía una gran facilidad para interpretar los asuntos y buen gusto natural para el dibujo decorativo, por lo cual hizo no pocos cuadros de encargo, carteles y programas de fiestas e ilustró periódicos y libros, dejando siempre en ellos las huellas de un dibujo correctísimo y de un estilo netamente granadino.

Parecido a Isidoro Marín, e influido, a través de éste y Tomás Martín, por el recuerdo de Fortuny, no debo olvidar a otro artista y amigo modestísimo: Manuel Ruiz Morales, que ha dejado bellísimas acuarelas. Y, así, otros muchos de aquella generación de pintores, como Ruiz Guerrero, Rosende Valle, que emplearon sus pinceles en copiar y revelar las bellezas de Granada.

Fué esta una época de verdadera exaltación del paisaje granadino y aunque pudiera creerse que estos artistas carecían de condiciones para otras empresas de mayor empeño, es lo cierto que Granada tiene la influencia mágica y dominadora de emberber y como anestesiar a sus artistas. En todas las épocas y en todos los países, la luz, el ambiente, el paisaje, es lo que caracteriza las escuelas y estilos pictóricos, y de ahí (y sin que en estas palabras quiera hacer el más leve gesto de erudición artística) las innumerables escuelas que se llaman flamenca, florentina, boloñesa, alemana, etc., etc., no con relación a las nacionalidades aún hoy existentes, sino, más bien, a las regiones, territorios o ciudades en que esas escuelas se formaron y florecieron. Claro es que, en estas diversas modalidades del arte, el factor principal era el talento o el genio de los grandes artistas o maestros (que por algo se llaman escuelas) pero, de un modo general, las características generales de las diversas regiones. Y, sin meterme en honduras, porque este asunto, tan conocido y divulgado, nos llevaría a resolver el problema vulgar de la prioridad entre la gallina y el huevo, lo que nadie duda es que la Naturaleza exterior influye de un modo decisivo en todas las Artes y, principalmente, en la Pintura. En Granada, por la índole especial de sus bellezas contradictorias, como todo lo que se llama granadino, y quizá agobiantes o deprimentes por su misma razón de ser, no se puede hablar, propiamente, de escuela granadina, aunque, en ciertas épocas, se

haya usado esa denominación. Basta a mi intento, y dispensad esta digresión, sentar que la influencia del paisaje granadino, más bien que creadora y estimulante, ha sido destructora y deprimente. Nacer y vivir en Granada es una desgracia para los artistas. La influencia del clima, la exuberancia de la vegetación, los contrastes exagerados en la temperatura, el vivir al lado de un río y encima de otro, o lo que quiera que sea (como ya he dicho en otra ocasión), engendra la pereza, la indiferencia, la cordedad y el egoísmo, que son como gases asfixiantes para el artista. Y ya acude a mi pensamiento y quizá al vuestro, el nombre de Ganivet. No quería nombrarlo, porque algunos de vosotros os sonreireis maliciosamente pensando que yo no sé escribir nada sin citar a Ganivet. Llevais razón; pero, en este caso concreto del carácter granadino, yo he afirmado públicamente que Ganivet fué una excepción de la pereza local, pero no he dicho la causa, que es ésta. En primer término, el genio o la locura de aquel hombre, y, en segundo lugar, lo prematuro de su muerte. Si Ganivet hubiera vivido unos pocos años más, si hubiera realizado sus deseos de venirse a vivir a Granada y dejar su carrera, para lo cual solo esperaba contar con una renta, siquiera de dos duros diarios, según me manifestaba concretamente en una de sus cartas, lo probable es que Ganivet hubiera muerto inédito, como sus colegas y amigos, Rafael Gago, Matías Méndez y otros granadinos de aquella época.

Sin darme cuenta, he dejado la Pintura y me he metido en las Letras, de lo cual puedo hablar con más soltura, pero no sin decir antes que no quiero hacerlo de pintores insignes de fines del siglo XIX que todavía viven, como mis amigos Morcillo, Almodóvar, López Mezquita, Rodríguez Acosta, Carazo<sup>1</sup> y algunos más. Esto es una habilidad. Los muertos no chistan y, en cambio, al hablar de los vivos, las alabanzas pueden parecer adulación y las objeciones ocasionar quisquillas y disgustos. Chitón, pues.

Los años a que me vengo refiriendo fueron los de la Regencia y primicias del reinado alfonsino. En Granada, como es na-

---

1. Poco antes de escribirse estas líneas y sin que su autor pudiese ya corregirlas, a causa de su enfermedad, había muerto en Granada (el 8 de Febrero de 1936) el pintor Ramón Carazo, cuando solo contaba 36 años. Carazo era uno de los más notables pintores de la joven generación española, artista sobrio y sincero en cuyas obras sólidamente construídas se compensaba la falta de variedad temática con lo jugoso del colorido y sus—a veces—magníficas calidades.

tural, se reflejaban las ideas madrileñas, pero nuestra ciudad, como siempre, vivía literariamente alejada del núcleo castellano.

En los últimos veinte años del siglo pasado y en los diez primeros del presente, tuvimos aquí escritores notables.

Acude a mi mente el primero, aquel caballero que se llamó D. Leopoldo Eguílaz, catedrático de Lengua y Literatura españolas. Trazar en pocas líneas la figura de D. Leopoldo no es cosa fácilmente hacedera. Dotado de un talento natural extraordinario y de un espíritu humorístico formidable, nutrido y apacentado con la lectura de los clásicos, su ingenio brilló y se destacó siempre en primera línea. Es, verdaderamente, una pena, que un hombre como aquel no haya tenido un biógrafo digno de él. Su estilo, aunque influido por el carácter doctrinal y académico (pues nunca olvidó su profesión de maestro) era, sin embargo, elegante y flúido con notas chispeantes de intencionada gracia. Yo, apenas conozco más obra suya que *El Hadits de la Princesa Zoraida*, en la cual, a pesar de ser demasiado larga y difusa, volcó el caudal enorme de su erudición y de su humorismo.

Otro trabajo suyo de importancia es la *Reseña histórica de la conquista del Reino de Granada, según los cronistas árabes*, publicado en el magnífico número extraordinario del "Boletín del Centro Artístico", dedicado a la conmemoración del IV Centenario de la conquista de Granada, en 1892.<sup>2</sup>

Pero el atractivo del talento de Eguílaz no había que buscarle sólo en sus trabajos literarios, sino en su palabra, en sus lecciones, en su trato y en su persona. Su vida anecdótica sería interminable. En la vista de un pleito he oído decir que llamó la atención de su contrincante porque tendría que ratificarse en sus de-

---

2. He dicho magnífico y debo excusarme de este calificativo, puesto que, por circunstancias casuales e inverosímiles, yo era en aquel tiempo Director del "Boletín" y el confeccionador de esta publicación. Impreso en rico papel apérgaminado, con elegantes caracteres elzevirianos, en el Establecimiento tipográfico Hospital de Santa Ana, núm. 12, con cabeceras en grabado del más puro estilo Renacimiento, letras capitales en azul, rojo y oro, y fototipias de la casa Thomas de Barcelona, dicho número es honra del arte tipográfico granadino. En él colaboraron, a más de Eguílaz, con el importantísimo trabajo mencionado, D. Juan Facundo Riaño, que publicó un interesantísimo artículo titulado *La primera comedia que se representó para conmemorar la Toma de Granada*; tres Cartas que envió al famoso "Doctor Thebussem"; otro artículo, precioso y erudito. *La Torre del Aceituno*, de D. Francisco Javier Simonet; otro histórico de D. Eduardo García Solá, Rector a la sazón de esta Universidad; otro notable de D. Fernando Segundo Brieva y Salvatierra, y otros de D. Antonio Almagro Cárdenas y D. Francisco de Paula Valladar. No creo que con esta nota parezca exagerado lo de magnífico de este número del "Boletín del Centro Artístico de Granada", cuya colección se busca hoy con verdadero empeño.



claraciones ante el juicio de Dios. El abogado contrario, que debía ser incrédulo, le contestó que él no pensaba asistir a ese juicio y D. Leopoldo le replicó: "Pues se celebrará, aunque V. no quiera, en rebeldía".

D. Leopoldo fué catedrático mío. Su figura llenaba toda la clase y el encanto de su palabra me dejaba embobado. Debo advertir, para que no se crean exageradas mis palabras y me cueste el sonrojo de verme viejo, que tuve el honor de ser también alumno de Fernández y González, de Menéndez y Pelayo y de otros sabios profesores de nombradía, pero en ninguno encontré el agrado y la simpatía que en Eguílaz.

Una mañana (la clase era a las diez) D. Leopoldo, antes de sentarse en el sillón rojo del aula número 1, la primera a la izquierda del primer patio de la Universidad granadina, antes de descubrirse, y empuñando, como siempre, en la mano izquierda, su bastón, una gruesa caña de Indias con una bola de marfil en el puño, que me parece estar viendo y que semejaba la porra de un tambor mayor, con el rostro encendido y la sonrisa llena de alegría, dijo estas o parecidas palabras:

—Tengo que comunicar a ustedes una satisfactoria noticia. En telegrama recibido de Madrid me comunican que el joven y distinguido alumno de esta Universidad, D. Joaquín María de los Reyes y García, después de brillante y reñida oposición, ha obtenido la Cátedra de Psicología y Lógica de la Universidad de Barcelona. Se lo digo a Vds. para que les sirva de estímulo, y compartan esta satisfacción. Dios, que no ha querido concederme la alegría de la paternidad física, me proporciona esta otra de la paternidad espiritual, pues al señor Reyes, como a todos, los considero como pimpollos que me ha fiado la Providencia para guiarlos por la senda del estudio.

Me he propuesto no hablar ahora de los maestros y amigos vivos y, por tanto, nada he de decir de los méritos literarios y científicos del admirable escritor y sacerdote cuyo triunfo académico anunció aquella mañana D. Leopoldo Eguílaz en la clase de Literatura Española. Pero, como la vida da tantas vueltas y revueltas y el señor Reyes es Académico compañero de esta ilustre Corporación me parece que ha llegado la oportunidad para que llegue a este respetabilísimo y querido amigo algo que escarabajea en mi interior y estimo como un deber de amistad y de conciencia.

Conocí a D. Joaquín María de los Reyes cuando era un joven con barba negra, apuesto y distinguido en sus ademanes, que recordaba por la prestancia de su persona y por el mirar inquisitivo y apasionado de sus ojos, el retrato de D. Pedro Antonio de Alarcón en sus años juveniles. Era muy amigo del mío inseparable Gabriel Ruiz de Almodóvar, que siempre me hablaba de él con entusiasmo y admiración y por éste hice amistad con D. Joaquín. Me separaba de él un respeto instintivo, la veneración tácita y, ¿porqué no decirlo?, cierto resquemor ideológico... Me dijeron que había figurado en el partido carlista y lo creía un retrógrado formidable y sospechaba, quizá injustamente, que él, que tenía tan fino olfato de estas cosas, me tenía por un joven liberal de ideas perniciosas y subversivas. La causa ocasional quizá fuera D. Antonio López Muñoz. D. Antonio fué mi profesor en el Instituto: me aprendí de memoria sus libros de Psicología, Lógica y Ética. Cuando se fundó el "Ateneo Científico y Literario de Granada", D. Antonio fué su presidente y yo el secretario y recién terminada la licenciatura, con motivo de sus viajes a la corte, me encargó de su cátedra como sustituto personal. Existía entre ambos amistad y cariño filial. D. Antonio figuraba en el partido liberal o sea la izquierda de aquel tiempo, sentía entusiasmo por la política y gracias a su talento y a sus grandes dotes oratorias hizo la brillante carrera que todos conocen. Pero D. Antonio participaba en filosofía de aquellas ideas racionalistas que en mal hora penetraron en España, patrocinadas por Azcárate, Salmerón y otros escritores famosos. Siguió en sus libros y discursos, aunque de modo discreto y templado, las doctrinas de Arens, de Tiberghien y, quizá, de Guizot. Si en mis precoces escritos y discursos infantiles algo se pudo traslucir de este contagio intelectual, yo declaro ahora, en este acto público que la ocasión me brinda, que ni entonces, ni después, ni en público ni en privado, he dejado de profesar por la misericordia de Dios, la Santa Religión Católica que recibí de mis padres, y hago esta declaración para mi sosiego espiritual, seguro de proporcionar una alegría a mi querido y venerado amigo D. Joaquín María de los Reyes.<sup>3</sup>

Si estas notas, escritas a la ligera, fueran expresión o sem-

---

3. También había muerto ya en Granada, al redactarse estas notas—el 22 de Marzo de 1936—este maestro granadino, maestro de muchas generaciones de estudiantes, limpio escritor, buen filósofo y modelo de virtudes. (N. de la R.)

blanzas de los conspicuos escritores de aquella fecha, D. Antonio González Garbín merecería un aguafuerte o una miniatura de Holbein. Feo, con los ojos de miope exagerado y lacrimosos, con sus ademanes bruscos y su seriedad dramática alternando con una risa infantil, franca y noble, tenía para sus alumnos, una vez pasado el susto de sus ademanes tribunicios, el don de la simpatía y el cariño. Sentía por ellos verdadero afecto y les hacía agradable el estudio de una asignatura tan penosa como la Historia de las Literaturas griega y latina. En los repasos peripatéticos que hacía con sus alumnos a fines de curso, por los callejones de Gracia, alternando con el análisis de las obras de Plauto y Aristófanes, nos contaba sus aventuras de gobernador en la ínsula de Almería, cuando el Ministro le mandó que buscara, *como si fuera una zapatilla*, decía D. Antonio, la fragata sublevada en la época cantonal, o bien nos refería anécdotas graciosas de su propia vida, como cuando, habiendo prestado un frac a un compañero de claustro, al recibirlo e ir a ponérselo, para asistir a una recepción, se encontró con que le faltaban casi la mitad de las mangas y que no le alcanzaba a cubrirle el pecho. Cuando nos contaba estas cosas o nos ponía de relieve la *vis cómica* de las comedias de Plauto, D. Antonio era el primero que lanzaba la carcajada y apretaba el paso, sujetando bajo el sobaco su bastoncillo negro, del que nunca se desprendía. Su obra de texto “Historia de la Literatura Latina”, así como sus demás trabajos, están escritos en estilo brillante y elevado, conteniendo verdaderas bellezas literarias y un espíritu didáctico de primera fuerza.

Si fuéramos a seguir recordando a aquel claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, por los años de 1884 al noventa y tantos, ¿cómo olvidar a D. Fernando Brieva? D. Fernando fué uno de los fundadores del Centro Artístico y aunque muy reservado y prudente, era de genio alegre y risueño. Su vida tuvo episodios verdaderamente dramáticos o novelescos y un final por todo extremo doloroso. Aquí iba a acabar su vida de soltero, aquel caballero castellano, que parecía arrancado de un cuadro del Greco, y enamorado y próximo a contraer matrimonio con una bellísima y virtuosísima señorita, hermana de un querido amigo mío, la muerte inesperada y rápida de ésta, segó de raíz sus esperanzas. Trasladado a la cátedra de la Universidad Central y nombrado Profesor del

Rey Alfonso XIII, lo hizo objeto de burlas aquel avinagrado y mal intencionado crítico que se llamó *Clarín*; poco después fué víctima de un atentado personal, brutal e inexplicable, que puso en peligro su vida. Quizá todo esto, a pesar de su profunda y ferviente religiosidad, pudo influir en su espíritu; lo cierto es que aquel hombre de tan extraordinario talento, vió irse extinguendo las luces de su inteligencia y vino a morir en el Manicomio de Cienpозuelos, víctima de manía persecutoria, lo mismo que Ganivet y su íntimo amigo Diego Marín... En cuanto a dotes literarias las de D. Fernando fueron asombrosas. Su estilo era el mismo de los clásicos del siglo XVII. A mí no me place esta labor imitadora, pero cuando es perfecta no puedo resistirme a la admiración. Pintar como Velázquez no es ser Velázquez, pero es ser un gran pintor. Brieva escribió, como Fray Luis de Granada. En su discurso inaugural de curso acerca de este venerable escritor, del que dijo Ganivet que era *lo mejor de la casa*, el texto de Brieva no difiere de los párrafos del eximio maestro. Y esto no lo hacía con el trabajo prolijo de un benedictino, sino que le salía de adentro, espontánea y naturalmente. Brieva escribía con el estilo del siglo de oro, hasta en su correspondencia privada y en sus más sencillas manifestaciones. Bien quisiera copiar aquí algunos párrafos de cartas suyas, pero serían alegaciones dilatorias y ahora inoportunas.

Del sabio Simonet, honra del claustro granadino, que alcanzó en su oscura modestia fama mundial no puedo decir nada, pues sus escritos quedaron siempre fuera de mi escasa mentalidad (en árabe no pasé de la lección 13), pero toda su labor, que fué mucha, es admirable, clara y precisa.

Astros menores en este círculo de escritores granadinos de fines del siglo último, son Almagro Cárdenas y España Lledó. Almagro Cárdenas era un tipo granadino de los que habrá pocos que puedan comparársele. De claro talento y de fanático granadinismo, no hubo quien le hiciera salir de aquí, ni para desempeñar sus cátedras en Salamanca y Sevilla, que honrosamente obtuvo. Prefirió perder las prebendas (como oficialmente las perdió) a salir de su Carmen del Mauror.

Y al famoso España Lledó ¿quién no le recuerda? Polemista formidable, orador elocuente, político intencionado, contundente... Y para no dejar el tono humorístico de las anecdotillas que antes he intercalado, reveladoras del carácter granadino, os con-

taré dos, que muchos de vosotros conoceréis, de estos mis queridos maestros.

Es una cuando Almagro Cárdenas contrajo matrimonio, apenas recibida la bendición nupcial, desapareció como por escotillón. La novia, ya esposa, demudada e impaciente, preguntaba por él; los familiares y testigos, sorprendidos y alarmados, sospechaban algo extraordinario, pero después de larguísimo rato de inquietud y sorpresa apareció D. Antonio, sonriente, que dijo con sencillez:

—Se me había perdido el bastón, y he ido a buscarlo.

La otra, referente a D. José España, que era muy distraído y abandonado, fué que una noche en una función del Teatro Principal, que estaba abarrotado de público, ya levantado el telón atravesó el pasillo de las butacas y se sentó en la suya, llevando al brazo en vez del *pardesús*, unos pantalones recién planchados...

Saliendo del ámbito de aquellos brillantes escritores que formaban el claustro de la Facultad de Filosofía y Letras por los años a que me vengo refiriendo, en la vida intelectual de Granada han figurado también notables escritores.

Uno de ellos era D. Francisco Javier Cobos, liceista y miembro destacado de todas las asociaciones culturales de Granada, escritor correctísimo, poeta inspirado y orador elocuente. Sabía leer de un modo perfecto e inimitable. Aunque parezca exagerado son muy pocas o casi ninguna las personas que saben leer. El arte de la lectura se ha abandonado tanto que es una vergüenza oír leer, incluso a catedráticos muy cultos. Yo recuerdo con fruición las lecturas que oí a D. Francisco Javier Cobos en veladas solemnes del Centro Artístico, del Ateneo, del Teatro Principal. ¡Qué maravillas de pronunciación, de acento, de ritmo, de pausas!...

El escritor granadino más popular e importante de aquellos tiempos, fué D. Antonio Joaquín Afán de Ribera. Todos o la mayoría de los que me escuchan lo recordarán y no tengo necesidad de describir su figura ni examinar sus escritos. Todo esto lo hice largamente en el prólogo de su libro *Del Veleta a Sierra Elvira*.

Y aunque sé que es cosa fea citarse uno a sí mismo, permitidme que reproduzca algunos párrafos, muy cortos, de aquel trabajo, que estimo como uno de los menos malos que he escrito.

Hay que aprovechar ocasiones como esta en que a mansalva puede escribirse y abusar de la paciencia del prójimo.

“Afán de Ribera no tiene más musa que su Granada querida y los recuerdos de su juventud, henchida de amores y de ensueños. Cuando coge la pluma no lo hace para filosofar ni para admirar a nadie. Es para recordar las escenas de la antigua Granada, sus costumbres y fiestas, ya borradas por el sedimento prosaico de la vida moderna, o para lanzarse por el mundo de la fantasía y de la leyenda granadina (que yo creo que se diferencia de las demás), deslumbrados los ojos por los colores brillantes de la Casa Real, arrullados los oídos por las brisas del bosque de la Alhambra o de las honduras del Darro, embargados el alma y los sentidos por el perfume que nos dejaron los moros, y que vivimos y respiramos sin querer”.

“De aquí que Afán de Ribera sea como todos los granadinos netos, cristiano y moro en una pieza; y no una mitad de cada especie, sino el todo de las dos: cristiano fervientísimo y devoto y moro sensual empedernido. Como cristiano, en todos sus artículos se manifiesta el amor y veneración a nuestra Religión, y se nota en ellos el suave aroma de la fe de nuestros antepasados: cristianos son los caballeros y doncellas, los artesanos y menestralas de sus cuentos, los cuales si andan en malos pasos es por culpa de sus sentidos y de la fuerza de la juventud; sus cuadros de costumbres granadinas de principios de siglo, se desarrollan en un ambiente lleno de vida, aunque malicioso y descarado, inocente y risueño, sin dejar el sabor amargo de la trascendencia, como los cuentos de moda, ni el acre perfume de las flores del mal de la literatura decadentista”.

“En cuanto a moro, hay que ver lo refinado de sus imaginaciones, lo arrullador de sus amores, lo melífero y sensual de sus asuntos, el laberinto de ensueños y delirios, capaces sólo de ser sentidos y gustados por quien nació y vivió en Granada, y se durmió lánguidamente en la semioscuridad del camarín morisco, y se deslumbró con los juegos de sol en los vistosos colores de la Vega, y detuvo su paso, para escuchar, con emoción fanática, el rumor de las aguas en las umbrías misteriosas de nuestros ríos”.

Y nos aproximamos a los más próximos y al fin de estos apuntes.

De D. Rafael Gago Palomo habría para hablar largo y ten-

dido. Yo lo tengo por un genio, en cierto modo superior a Gani-vet, pues sobre su cultura extraordinaria en Literatura e Historia, abarcaba también las Ciencias, principalmente la Astronomía. No lo afirmo por mi dicho: trabajos suyos astronómicos fueron premiados por la Academia de Ciencias de Londres.

Empezó en Madrid siendo colaborador de la “Revista de España”, que dirigía su amigo D. José Luis Albareda, que quiso ser su protector y no pudo hacer carrera de él. Por entonces publicó (precisamente cuando empezaba también Armando Palacios Valdés) su novela *María*, de interesante asunto granadino, que fué acogida con aplauso y empezó a darle nombre en Madrid. Pero Gago la publicó... y se vino a Granada.

Su hermano D. José lo dedicó a la labor y estuvo varios años entre pastores y ovejas, en el cortijo de Cortes, del término de Beas... Volvió nuevamente a Madrid y una tarde me lo encontré en el Ateneo ante un montón de libros, que tendría, sin exageración más de medio metro de altura.

—¿Qué hace usted, Rafael, le pregunté, ante esa formidable batería?

—Quiero enterarme de lo que ha ocurrido en España y en el mundo durante los seis últimos años. Yo me quedé en la muerte de Margallo...

Rafael había estudiado en Madrid la carrera de ingeniero, en la que logró ingresar. Después en Granada, con gran brillantez la de Medicina, pero no hubo medio de que la acabara; le faltaban solo dos asignaturas del último curso. Un día, pasados los años (yo me acuerdo de esto) después de muchos ruegos y reflexiones, casi a la fuerza, *conducido* por su hermano, por sus amigos D. Antonio y D. Matías Méndez Vellido y el Dr. Amor y Rico, se presentó a examen y fué aprobado, pero no hubo manera de que se licenciara.

Las obras de Gago, aparte de la citada novela *María*, y de innumerables artículos de toda índole (crítica, música, arqueología, etc.) publicados en Granada y en Madrid consisten en dos preciosísimas novelas, *Esperándola del cielo* y *La Palmera de Jubba* que le imprimieron en “El Defensor”. En el folletón de este mismo periódico empezó a publicar otra novela o tradición árabe titulada *El resplandor de la luna llena*. Sus amigos y lectores seguíamos con vivo interés la lectura. Pero un día (D. Luis Seco lo recordará perfectamente) cuando uno de los

protagonistas montaba una magnífica yegua y emprendía una desenfrenada carrera, suspendió indefinidamente la publicación.

—Pero, hombre, le decíamos, ¿qué ha sido de aquel gallardo jinete?

—Déjalo correr—contestaba—que ya parará...

Y hasta hoy.

De Matías Méndez, el “Feliciano Miranda” de *Los trabajos de Pío Cid*, ¿qué he de decir o por mejor, qué he de añadir a lo que ya tengo dicho?

Amigo inseparable pasé con él muchos años de deleitosa convivencia. D. Matías, como yo le llamé siempre, iba a buscarme con puntualidad extremada a la hora de salida de la Biblioteca universitaria mientras fui Archivero y después a mi despacho notarial y empezábamos el paseo diario. Paseos circulares a la Alhambra, subiendo por la cuesta de los Muertos, por ejemplo, y bajando por la de Gomérez, o viceversa; semicirculares, como del Campo del Príncipe al Salón; radiales, como al Violón y al camino de Armilla, placeta de Gracia y Callejón de las Vacas a la Fuente Nueva; ascendentes, como a la Estación férrea y sus alrededores; de altura y de Vega...

En estos últimos, D. Matías que conocía mejor que el mejor plano topográfico todo el término de Granada, después de atravesar un camino, se internaba por medio de las fincas, porque sabía donde estaban las veredas realengas, los ramales del riego, las servidumbres de paso, la entrada y salida de todos los predios. Hablábamos más o menos, según el tiempo o la ocasión; y, a veces, nada; él iba como obispo o padre prior, yo como lego o familiar adjunto. Lo que más temía era que se encontrara a algún conocido, mujer u hombre, pues entonces pegaba la hebra, y yo me quedaba al lado, de oyente; le oía historias peregrinas, donosos comentarios y, a lo mejor, se despedía de su interlocutor, diciéndole: ¡Anda con Dios, hombre, y no seas tan bribón como tus hermanos!...

De sus trabajos literarios ya sabéis que fué pesimista. Con los que tiene desperdigados por los periódicos y revistas se podrían formar ocho o diez tomos. Yo recuerdo ahora, a más de su libro *Granadinas*, que es una preciosa colección de artículos que editó el impresor Guevara en 1896, otros dos tomos de *Novelillas Granadinas*, uno impreso por Sabatel en 1898 y otro por “El Defensor de Granada” en 1905, aparte, como he dicho, innume-



rables novelas y artículos, en todos los periódicos y revistas, principalmente en “La Alhambra” que dirigía su amigo Francisco de P. Valladar, donde apareció su novela *Prisca*, que por lo que leí de ella, me parece que es su más importante obra. Ganivet tuvo a D. Matías por el mejor novelista granadino, sucesor de Alarcón, y le auguraba una fama nacional. No quiero omitir sus deliciosos *Viajes cortos*, también publicados en “La Alhambra”, ni su *Necrópolis*, colección de recuerdos y semblanzas, interesantísima, que se insertó en el folletín de “Gaceta del Sur”.

Escribía por propensión natural de comunicarse, sin pretensiones literarias, sin corregir jamás lo que escribía, pero con un gracejo, con una gracia granadina inimitables. Su estilo era descuidado y difuso, pero tenía un vocabulario cultísimo, natural y elegante.

Contrario a Matías en lo de la fecundidad y descuido fué su primo y queridísimo amigo mío Gabriel Ruiz de Almodóvar. Gabriel sabía Gramática (Analogía, Prosodia, Sintaxis y Ortografía) escribiendo el castellano con pulcritud, seguridad y buen gusto. Corregía prolija y repetidamente todos sus escritos, distinguiendo lo antiguo de lo moderno, lo natural de lo falso, lo bello de lo ridículo, como quien está acostumbrado al cultivo de las Artes por su dominio de la guitarra. Escribía en prosa y verso con exquisita corrección. Su caudal literario es escaso, limitándose a los preciosos artículos insertos en los periódicos locales y a su colaboración en el *Libro de Granada*. Aparte de estos trabajos recuerdo el admirable estudio que hizo acerca de Alarcón, su ídolo y su modelo. Su folleto acerca del poeta Salvador Rueda; la crítica de los cuadros de la Capilla Mayor de la Catedral y sus largas y bellas correspondencias privadas que en parte he entregado a su hermano D. José.

Y hasta aquí hemos llegado, pues no habiendo de decir nada de Ganivet, de quien ya hemos dicho bastante en otras ocasiones, ni de los demás escritores granadinos admirables por diversos conceptos como D. Miguel Gutiérrez, Paco Seco de Lucena, Valladar y otros muchos que harían interminable esta reseña, hago aquí punto final.

Una consideración se ofrece a primera vista sobre el conjunto de los escritores granadinos de fines del siglo pasado y principios del presente; y es la indiferencia, la modestia y falta de apre-

cio que hicieron de sus propias obras y de las envidiables dotes de que Dios les dotó; es lamentabilísimo que la mayoría de ellos, especialmente Gago, Matías Méndez y Almodóvar, permanezcan inéditos y desconocidos. Si alguna vez algún aficionado o erudito quisiera escribir la historia de la literatura granadina de esta época, se vería y desearía para buscar y encontrar los trabajos de estos apreciables escritores. En alguna ocasión he indicado a sus familiares la conveniencia de coleccionar esos trabajos o a lo menos los más importantes de ellos, sin que hasta ahora mis deseos hayan encontrado eco; como buenos granadinos menospreciaron su vocación y su arte, pensando, sin duda, que nacidos y criados en este Paraíso de bellezas, lo de menos era lo que ellos pudieran hacer y que, al fin y al cabo, en este peregrinaje de la vida todo es vanidad y miseria, comparado con la belleza y perfección suprema de la otra.



FR. JUAN SÁNCHEZ COTÁN. VIRGEN Y NIÑO. EN LA IGLESIA DE SANTIAGO DE GUADIX (GRANADA)